

**A** QUI llega el rancio filósofo anuncia Fabio.

—Que pase, que pase. Nadie pase que no sepa geometría —dice Critilo—. Pero el rancio filósofo, que pase; él sí sabe geometría y ha leído a Platón. ¿Qué te trae por estos volterianos predios, doctor irrefragable?

—Le trae un atán amistosamente plémico —Intercede Fabio—. Quiere discutir contigo ciertos conceptos... Y sobre todo, el Gran concepto, el Supremo concepto; ya sabes, Critilo...

—Ya sé, ya sé. ¿No voy a saberlo, si me educó en los jesuitas? Que pase, que pase. Diga, diga, rancio filósofo. Nadie pase que no haya leído a Marx y a Freud. Pero el rancio filósofo, que pase; él sí los ha leído. Para refutarlos, claro. ¿No es así, estagirita-aquilonense?

—Los he leído, sí; pero nunca con la pretensión de refutarlos —dice el rancio filósofo.

—Bueno, bueno, todo se andará, señor filósofo. No hay que ponerse así. Estamos en los protegómenos y por eso me he permitido esa ligera broma. Ya vendrán las bromas pesadas. ¿Por qué no empezamos, para abrir boca, con uno de esos gloriosos y tan sutiles silogismos en Bárbara, Celarent, Darii o Ferio? ¿Qué te parece éste: "Todos los hombres son mortales; Fabio es hombre, luego Fabio... se nos muere un día de estos"?

—Niego la mayor —dice Fabio—. El que se hayan muerto todos los hombres que no estén vivos hace muy probable que los que todavía vivimos tengamos también que morirnos. Probable, pero no seguro. Quiero decir que la proposición "todos los hombres son mortales" no es una verdad a priori, sino la expresión de un juicio sacado de la experiencia. Pero yo no tengo experiencia de mi muerte. Así es que no pienso morir.

—Haces bien, querido Fabio, no lo pienses —dice Critilo—. Cuando te hayas muerto, tampoco lo vas a pensar. Acogiéndonos a otro ilustre sofisma, la muerte para ti no existe: mientras estás vivo, la muerte no está, y cuando te hayas muerto, el que no está eres tú.

—**Quotidie morimur**: morimos cada día —cita el rancio filósofo—. Pero vayamos al grano. ¿Crees en Dios, Critilo? Esa es para mí la cuestión.

—¿Es que de verdad se puede hoy creer en Dios, rancio filósofo?

—Sí —dice el rancio filósofo—, se puede. Yo creo en El.

—En ese caso, tendrás que empezar por explicarme qué quieres decir con "creo" y qué con "Dios". Si creer en algo equivale a "saber" que ese algo existe, nadie puede creer en Dios salvo Dios mismo, que podría decir como Descartes: pienso, luego existo. Si creer en algo es "suponer-desear" que ese algo exista, tampoco resulta fácil pronunciarse sobre cosas que nos quedan tan lejos... —Y tan dentro de nosotros mismos —añade

el rancio filósofo—. A mí, el que de verdad me convence es el argumento ontológico.

—A mí me convence también, pero de lo contrario —dice Critilo—. Dios, en cuyo concepto se incluye de ordinario el rasgo semántico infinito, no está en todas partes, puesto que no está en mi conciencia. Por tanto, Dios no existe. Dicho de otra manera: si Dios existiera lo sabríamos; no lo sabemos, luego Dios no existe. Pero más que este tipo de argumentos lógicos, me impresiona el que podemos llamar argumento moral: si Dios es infinitamente bueno y poderoso, ¿por qué consiente el sufrimiento de los hombres y de los animales? ¿Por qué ha ordenado el mundo de modo que la vida de unos seres vivos se sustente en el dolor y la muerte de otros seres vivos? Sigamos ahora con la palabra "Dios". ¿Qué significado le das? Si se trata de algo indecible, innombrable, entonces ni le digo ni le nombro; nada sé; ni le afirmo ni le niego; me callo; soy un agnóstico. Ahora bien, si con la palabra "Dios" te refieres al vie-

jo Dios padre, creador del mundo y providencia del acontecer, ese ser (según el catecismo que me enseñaron en la escuela franquista) "infinitamente bueno, sabio, poderoso, principio y fin de todas las cosas", que premia y castiga, que salva o condena, entonces soy un ateo. Ese Dios no existe. Estoy tan seguro de ello como lo está don Faustino Cordón de que los ovnis son un camelo. A este sabio biólogo le oí decir, hace poco, en un coloquio de Radio Nacional, que se jugaría su vida eterna, si la tuviera, en contra de los ovnis. Yo me la juego en contra de ese Dios, en una especie de apuesta pascaliana al revés. Al negarle, sé que me hago acreedor al fuego eterno, y aun así, le niego. ¡Si estaré seguro! Incluso, como el personaje de Buñuel, le desafío a que me envíe ahora mismo un rayo y me destruya. ¡A que no es capaz!

—¡Critilo! —clama, apartándose, el rancio filósofo.

—El rayo no llega, ya ves...

—¡Eso es una blasfemia, Critilo!

—¿Por qué? —dice Critilo—. Todo lo contrario. Yo diría que la blasfemia está en atribuir a Dios las torturas que se le atribuyen en esta vida o en la otra; en pensar que, por tan poca cosa, pueda mandarme un rayo y, después, el infierno. Creer en el infierno (dogma de fe para los católicos) es la peor blasfemia; es atribuir a Dios no la bondad o la justicia, sino la crueldad infinita, el odio eterno, la cólera inextinguible. Mi concepto de Dios (concepto que no implica existencia real, pese a San Anselmo, Descartes, Leibniz y otros recalci-trantes platónicos) es incompatible no sólo con el infierno, que no existe, sino (lo que es más grave) con este perro mundo, que, según algunos blasfemos, es obra suya. Precisamente porque tengo un alto concepto de Dios, no creo en él, y repito con Stendhal: la única disculpa de Dios es que no existe. ■

## BLASFEMIAS

JOSE MARIA VAZ DE SOTO

**triumfo**

DIRECTOR

José Ángel Ezcurra

SUBDIRECTOR

Eduardo Haro Teagles

JEFE DE REDACCION

Victor Márquez Reviriego

REDACCION

Bernardo de Arizabalo • Carmen Fernández Ruiz • Joaquín Rábago • Cristina Rubio • COLABORACION: Juan Aldebarán • Antón Amargo • José Aumento • Félix de Azúa • Pablo Benben • Antonio Burgos • M. Campo Vidal • Silvestre Codas • P. Costa Morúa • Ramón Cristóbal • J. Cruz Ruiz • Juan Cuello • Ramón Chao • Alvaro Faino • Tomás Ramón Fernández • I. F. de Castro • Carlos Fuentes • Diego Galán • J. L. García Delgado • Gonzalo Gascóchen • José A. Gómez Merín • Fernando González • Juan Goytisolo • Eduardo de Guzmán • E. Haro Ibers • Juan A. Hornigón • Fernando López Agudín • Diego A. Manrique • Jaime Millán • E. Miró Magallana • Juan Mollá • José Montaña • Isaac Montero • J. M. Moreno Alzáola • Cristina Peri Rossi • Porcello • Carlos M. Rana • Luis Racionero • Ignacio Ramonet • A. Ramos Espejo • José Ramón Rubio • Fernando Savater • Julio Segura • Joan Sureda • José • Ignacio Sotelo • Julia Uvella • Dr. J. A. Valtuella • José M. Vaz de Soto • Rodrigo Vázquez Prado • Martín Vilasara • J. Zamora Torres • ILUSTRACIONES Y HUMOR: Feiffer • Quins • Ramón Seltis • Zamorano • SERVICIOS ESPECIALES: L'Espresso • Le Nouvel Observateur • Prensa Latina

DIRECCION TECNICA Y DISEÑO: Antonio Castaño • CONFECCION: Trinidad Castaño • Luis M. Torres • FOTOGRAFIA: Ramón Rodríguez

EDITA

PRENSA PERIODICA, S. A. Pl. Conde Valle Sushil, 20. Teléfono 447 27 00. MADRID-15. Cables: PRENSAPER. Télex: 43840 TRFO-E

GERENTE

Juan Carlos Aramburu

CONTABILIDAD: Carlos Ussá. EXPEDICION: Manuel Fernández. PROMOCION Y DIFUSION: Manuel Cosalga. SERVICIOS GENERALES: Araceli Romero. SUSCRIPCIONES: María José Urizarra



PUBLICIDAD

REGIE PRENSA: Joaquín Moreno Lago, Rafael Herrero, 3. 1.ª A. Teléfonos 733 40 44 y 733 21 89. MADRID-16. Emilia Becker, Paseo de Gracia, 101. Teléfonos 218 42 55 y 218 41 71. BARCELONA-11

IMPRESION: Heuser y Menet, S. A. Piuma, 19. MADRID-5. Depósito Legal: M. 1.272-1958

DISTRIBUCION:

Mercé Ibérica, Distribución de Ediciones, S. A., Carretera de Irún, kilómetro 13,350. Madrid-34.

COPYRIGHT BY TRIUMFO 1978. Prohibida la reproducción de textos, fotografías o dibujos ni sus citando su procedencia. TRIUMFO no devolverá los originales que no soliciten previamente ni mantendrá correspondencia sobre los mismos. Printed in Spain.

PRECIO CANTABIL (venda minor) 75 PTS. EJEMPLARES ATRASADOS 70 PTS.